



La Santa Misa, fuente de santidad sacerdotal *

Mons. Adolfo Tortolo V.O.T.

INTRODUCCIÓN

El perfeccionamiento definitivo de la humanidad, como de todo el universo, habrá de cumplirse cuando “Dios sea todo en todos” (I Cor. 15,28). En esa resolución final de la gloria, cada redimido entrará en unidad de vida con Dios, y este mismo Dios, poseído diversamente, actuará Él solo a través de cada redimido. Seremos entonces una sola cosa en Dios, semejantes a Él, no sólo porque la transparencia de la pureza universal reflejará a Dios en todos como imagen, sino más bien porque sin trabas ni reparos, Él mismo fluirá y refluirá eternamente en cada justo.

Entre tanto, en vista a la etapa final, la oculta acción de la gracia aquí en la tierra va realizando en cada alma esa misma perfección, cuya realización propia es hacer que “todo hombre como todos y todas las cosas, sean uno en Cristo y Cristo sea todo en todos” (Col. 3,11).

Uniformarse con Jesucristo, imitarlo, realizar sus enseñanzas, es el prólogo del trabajo. La meta es vivir la misma vida de Cristo en Cristo, dejándola expandir en todo su vigor hasta vivir de Dios en Dios.

Para llegar a estas etapas, debe preceder un necesario despojo de todo lo manchado —culpas personales— y de todo lo que no sepa

* Artículo publicado en Revista de Teología (La Plata, Pcia. de Buenos Aires) 11 (1953) 49-68. (Recogido en el libro: “La sed de Dios”, Mons. A. Tortolo, Ed. Claretiana).

a Jesucristo, para exigirle luego a la nueva vida la fecundidad de sus obras santas.

A modo de tesis el gran Apóstol resume esta verdad antitética que rige todo el orden sobrenatural en el destierro: "Estáis muertos, pero Cristo es vuestra vida" (Col. 3,3). Todos los caminos ortodoxos de la ascética y de la mística cristiana confluyen aquí. Muerte de todo lo del hombre, vida de Jesucristo en todo el hombre, y por Cristo todo Dios en el hombre y el hombre todo en Dios.

La primera etapa responde a la muerte mística del alma. La segunda a la identificación con Jesucristo, la tercera a la plena unión con Dios, incoada en la tierra, indefectible en la gloria. La purificación es el camino inexorable para llegar a esa muerte; la muerte es la condición inexorable para que la Gracia, principio vital intrínseco, transforme en Jesucristo; esta transformación en Jesucristo es imprescindible para que Dios, con la infusión de sus dones, lleve a su término la divinización total del alma.

En su avance hacia la consumación definitiva, estas etapas se entremezclan, sobre todo si el lastre y la herrumbre de las miserias personales obstruyen el plan de Dios sobre nuestra vocación eterna.

En la primera etapa, descontado Dios, predomina la actividad personal; en la segunda, se conjugan perfectamente la actividad de Jesucristo y la del alma; en la tercera, sólo Dios actúa, porque no hay obstáculos, y realiza en el alma, pasiva y receptiva, la divinización máxima según el ordenamiento divino. Aquí al alma llámala San Juan de la Cruz "Dios por participación" y entre esta posesión de Dios y la de la gloria, sólo una tela se interpone.

Jesucristo Nuestro Señor, Santo con plenitud de Santidad desde el primer instante de su ser, no tuvo movimiento ascensional, ni paso alguno hacia lo más perfecto. Pero hubo sí, en su vida temporal, preordenamiento de sus obras exteriores, con verdadera jerarquía de convergencia total hacia el sacrificio de la cruz. La Cruz fue su Hora y su Obra. Fue la manifestación suprema de su Santidad, porque fue la exteriorización máxima del despojo de Sí mismo —su muerte—, de su amor al Padre y a los hombres. Toda la vida temporal de Jesucristo está presente en esta hora; sus virtudes dan aquí el maximum de su plenitud intensiva. Sus enseñanzas, su predicación, su evangelio se encuentran aquí escritos con su misma sangre, sobre el pergamino de su carne viva. Su Hora por antonomasia es la hora de la muerte.

En esta hora, más que nunca, Jesucristo es Jesucristo. De ella deriva toda santidad y toda gracia. De un modo o de otro, Dios y los hombres, la eternidad y el tiempo, convergen en ella.

La hora de Cristo en la Misa

Esta misma hora de Jesucristo, y no su pesebre o su Tabor, por divina e inescrutable misericordia se viene actualizando desde entonces en la Santa Misa. La Santa Misa presentifica el mismo sacrificio del Calvario, con el mismo Sacerdote y la misma Víctima, y al hacerlos presentes transporta no sólo la grandeza teológica de aquel misterio, sino todo el misterio cristológico, que para Jesucristo se resume en la Cruz. A su Sacerdocio entrega la consigna de “anunciar su muerte hasta que venga” en la Epifanía final.

Por lo tanto, la conformación a Jesucristo, la etapa normal de nuestro vivir de cristiano, es la conformación a esta hora de Jesucristo, vivida a su modo divino, con la intensidad de sus mismos sentimientos, con la profundidad de todo su interior.

El Señor ha querido poner ante los ojos de los hombres su obra maestra. Común en Dios y común en Jesucristo es hablar con hechos. He aquí el gran **Hecho** que se entrega al mundo siglo tras siglo, para que vea el hombre cuánto “ama Dios al hombre” y cómo debe el hombre amar a Dios. Hecho de Dios que reclama el hecho del hombre. Pero este Hecho de Dios se rehace incesantemente por ministerio de manos terrenales. Hay manos que se hunden en esa misma sangre, trabajan en esa misma carne y se queman en ese mismo fuego. Para nosotros, los sacerdotes, más que para otro alguno, el gran **Hecho de Jesucristo**, diariamente entre manos, debe ser código de perfección sacerdotal, y de superación en el amor de Dios, como hecho-respuesta, al sacrificio de la cruz.

No repetimos cada día el decálogo. Pero cada día hacemos y repetimos, con Cristo, la gran Hora de su Santidad, de su infinito amor. Se nos entra por los ojos, la palpamos con las manos, la gustamos, la hacemos —**sacrum facere**—. Cubrimos con Él todas las dimensiones suyas en su darse al Padre, a la Iglesia, a los hombres.

Por eso, además de otros muchos aspectos, uno de los más perentorios para la conciencia sacerdotal es la lección, terminante en sus líneas, suave en su dictado, que le prescribe el mismo Santo Sacrificio: la vida del Sacerdote, su perfección sacerdotal, su tipo de santificación específica, su modo de glorificar a Dios y su in-

molación por las almas, todo ello debe ajustarse al alma del Sacrificio de la Misa. Asimilación personal, a lo que Él mismo realiza sobre el ara. La Santa Misa debe convertirse en el paradigma de la perfección del sacerdote y debe entrañarsele, no sólo en su aspecto teológico como acto central del cristianismo, sino también reeducándolo, imponiéndosele como escuela efectiva de santificación sacerdotal. De este modo, comprender a Jesucristo será comprender la Misa. Amar a Jesucristo —mi amor es mi peso— será volcarse en la Santa Misa. Darse a Jesucristo, será inmolarsé juntamente con Él, en la plenitud de su obra sacerdotal por eminencia, la cruz-altar.

I. LA HORA SACERDOTAL DE JESUCRISTO

Veamos lo que importa el Sacrificio de la Santa Misa. Esencialmente es el Don supremo de Jesucristo a Dios y a los hombres; Don ofrecido, entregado sangrientamente y aceptado en el Calvario. Este Don no es precisamente su muerte sino el Don de su vida. Dejar de vivir, sacrificarse, no es lo más grandioso en la línea de las grandezas heroicas. Pero sí lo es despojarse de la propia vida, de la cual se es propietario y dueño, tomarla en sus manos y entregarla efectivamente a Dios, aceptando y queriendo el supremo mal físico, la muerte.

Es éste el acto esencial del Calvario. La muerte cruenta, extremadamente heroica, aun como acto y suceso sacrificial, será siempre menos importante que la entrega de su propia vida. Por ser dos momentos indisolubles, son en Cristo intrínsecamente concomitantes su morir y su entregar a Dios la propia vida humana. Pero el aspecto más elevado de la muerte sacrificial no radica precisamente en el suceso de la muerte, cuanto en el acto de ofrecer y entregar la vida.

No es lo mismo morir que dar la vida. Morir es un suceso antinatural e instintivamente violento. Pero dar la vida es dejar de vivir voluntariamente y traspasar la propia vida a Dios. Lo primero es instintivamente rechazable; lo segundo, divinamente apetecible y grandioso. Es este el más grandioso homenaje a la Divinidad, el elemento formal que convierte y hace sacra una vida. La occisión es el sello sangriento que hace efectivo, firme y eternamente irrevocable el don y el traspaso de la vida. Si no mediara

la occisión, ese don podría revocarse, al menos con la voluntad; puesta la muerte, no.

Es necesario destacar un aspecto esencial de este acto único del Calvario. Nos hemos acostumbrado a contemplar, a adorar, a llorar sobre Jesucristo Víctima. El aspecto victimal, por cuanto se refiere a la salvación del hombre y al precio de su rescate, ha primado en la piedad y en la contemplación. Por otra parte es esta la visión ocular que nos ofrece el Calvario. Por fuera y por dentro, en cuerpo y alma, Jesucristo colma y recubre todas las posibilidades de sufrir. Nunca agotaremos esta realidad de la Víctima; pero por desgracia nos quedamos en este solo cuadro.

Se correlacionan lógicamente Víctima y Sacerdote; pero el Sacerdote siempre antecede a la Víctima, con superior dignidad y más noble prestancia.

En la cruz, afortunadamente, se identifican en el sujeto, pero se disocian esencialmente en la misión que realizan. La Víctima se entrega y muere; el Sacerdote la ofrece, le arranca la vida y, al darla, la sacrifica y mata.

Cristo, Sacerdote y Víctima

San Pablo en su Carta a los Hebreos (10,19), en un texto de misteriosa audacia, nos invita y nos urge a penetrar el segundo misterio de la cruz, el oculto misterio de Jesucristo Sacerdote: "Por la rasgadura de su propia carne, corre un nuevo y viviente camino. Por este vivo y celestial camino, penetremos al nuevo Santo de los Santos y encontraremos al Sacerdote Grande". Es decir: detrás de la Víctima visible, debemos hallar el Gran Sacerdote. Como el acto es el mismo y no hay sucesión de tiempo, quiere Dios expresar en la cruz visiblemente, tangiblemente, su documento irrefragable de amor a los hombres. Por eso nos muestra a Jesucristo Víctima. Pero los hombres juntamente con Dios debemos penetrar hasta la médula del misterio, a través de la carne viva de la Víctima. Y entonces encontramos allí la otra actitud de Jesucristo, tan tensa y tan intensa como la victimal, su realidad sacerdotal. Si nos fuera dado ver esta actitud en formas corporales, la encontraríamos representada en un Cristo con sus manos abiertas y elevadas, con un gesto sacro inigualablemente majestuoso, ofreciendo a Dios, por sus propias manos, su propia vida humana. La Víctima nos dice cuánto amó Dios al hombre; el Sacerdote cuánto amó Cristo a Dios.

Es muy difícil, porque es substancialmente misteriosa, la coordinación efectiva de estas dos actitudes simultáneas; pero no por misteriosa deja de ser real. Es de fe que en esta hora Jesucristo es Sacerdote y Víctima; y es de fe también —Concilio de Trento— que la Misa presentifica al mismo Sacerdote y la misma Hostia.

Es tal la grandiosidad de esta hora del Calvario —el único **Hecho** extratrinitario que cuenta realmente en la historia humana— que, mientras rueda el orbe, se detiene con toda su dinámica e intensa realidad y su infinita proyección y virtud en un presente inmutable; al mismo tiempo que Dios, no contento con las complacencias infinitas de aquella hora histórica pero fugaz del Viernes Santo, renuncia en cierto modo a la gloria para permanecer hasta el fin de los siglos en el éxtasis inefable de esta hora Sacerdotal.

El Calvario tiene en realidad tres etapas que la Santa Misa, en su presentificación de aquel Sacrificio, actualiza también: la oblación, la inmolación y la comunión. Cristo se presenta ante Dios, sale a su encuentro. Cristo se inmola, se despoja de su propia vida, y este despojo es total y absoluto; la muerte sangrienta es el sello de su don. Y Cristo comulga: su unión con Dios no es otra cosa que volver al Padre y fundir en Él su vida. Al decir que nunca Jesucristo fue más Jesucristo que en la hora de su muerte entendemos decir todo lo que ese misterio significa.

Los tres estadios de la Misa ponen ante el alma sacerdotal los tres estadios de su perfección. El sacerdote se ofrece y muere, se identifica con Jesucristo y se une totalmente a Dios.

II. LA OBLACIÓN

Jesucristo inicia su presentación ante el Padre en el instante de su Encarnación. Para ofrecerse al Padre, debió anonadarse, hacerse creatura. Por esto su oblación será siempre un acto de humildad, de humillación. Toda su vida, hasta la consumación del Calvario, será un solo ofertorio. La narración evangélica nos ha acostumbrado a la trama sucesiva de los hechos, porque su vida temporal no pudo evadir la circunscripción del tiempo y, por lo tanto, ese suceder de cosas que caracteriza su existencia. Pero todos estos hechos tienen el módulo permanente y fijo de una misma grandeza interior: es el alma, hecha voluntad, también permanente y fija, incambiablemente puesta en la voluntad de Dios. He aquí la gran unidad de su vida que reduce toda su existencia a un acto único.

Ni un solo instante de su tiempo, ni uno solo de sus actos teátricos, ni una sola plegaria dejó de estar en tensión hacia la cruz. Cualquiera sea la exégesis que quiera darse al texto de San Lucas 12,50, siempre traduce un ímpetu interior, generoso y permanentemente tendido hacia la cruz, comprimido violentamente, pero estallante a la primera señal del Padre.

Cristo empuja y conscientemente impele todo su vivir —río que fluye, que desciende acaudalando aguas, porque acaudala méritos para el hombre— hacia el sacrificio supremo. Su riquísima y compleja realidad humana está regida por esa unidad interior absoluta, como los hilos múltiples, conductores de fuerzas, se unen en un vértice común; vértice que es su tensión, su relación a Dios, mediante su propio sacrificio. “He aquí que vengo a cumplir Tu voluntad” (Ps. 49; Heb. 10,7): es su introito en el mundo. Cristo no multiplica sus actos porque no cambia su voluntad. Es un solo acto, mantenido firme a través de todos los años, pero intensificado, no por perfección intrínseca sino por la sucesión de los hechos que la oblación inicial va incorporando a sí misma. El alma informante, el principio generador de todas sus acciones es siempre el mismo; su presentación, su ofrenda, su oblación en tensión actual hacia la cruz. Por eso su existencia es el desenvolvimiento de una grandiosa vida unificada.

Jamás en sus labios divinos hubo frases convencionales ni efectistas. Lo que dijo, eso fue. Él dijo que su comida era hacer la voluntad del Padre, y efectivamente la voluntad del Padre fue mucho más que su norma; se aglutinó a su propio ser. Pero donde más manifiesta su renuncia y el despojo total de sí mismo en sus horas anteriores a la cruz, es en aquella frase autodefinitoria: “Quae placita sunt Ei, facio semper” (S. Juan 8,29), a la que puntualiza un poco más San Pablo dándole el colorido perfecto, el tinte de auto-expoliación que la substancia: “Christus non sibi placuit” (Rom. 15,3). Renuncia y despojo. Por eso pudo recapitular su vida en la lección áurea que lega al universo: “Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, cargue su cruz y sígame” (San Mateo 16,24). La palabra discípulo es correlativa. El Maestro debe poseer con sobreabundancia lo que de Él puede aprender el discípulo. Y esta sobreabundancia es la negación total de sí. Todos los tratados de ascética no valen esta lección o, a lo sumo, valen tanto cuanto la contienen. El oro que ellos ofrecen son partículas de esta frase.

Esta tensión al Padre, hilo conductor de toda la vida terrena de Jesucristo, es renuncia y negación que culmina en su propia muerte. Cada Misa tiene la virtud de presentificar los sentimientos de Jesucristo. Estos sentimientos están también allí.

Del mismo modo, el sacerdote

El sacerdote que asume la representación sacerdotal de Cristo, debe asumir la misma modalidad de la oblación. Vale decir: la Santa Misa debe tener la virtud de recordar al sacerdote el misterio y la exigencia de la renuncia personal. No podrá comulgar con el misterio total de Jesucristo quien no comienza comulgando con la iniciación sacerdotal de Jesucristo.

“El sacerdote, mientras está en tan estrecho contacto con los divinos misterios, no puede menos de tener hambre y sed de justicia, de orientar su vida hacia el sacrificio, debiendo ofrecerse a sí mismo con Cristo”, dice la *Menti Nostrae*. “Pero revestirse de Cristo no es sólo inspirar los propios pensamientos en su doctrina, sino entrar en una nueva vida que, para resplandecer con los fulgores del Tabor, debe también conformarse con los sufrimientos del Calvario. Esto comporta un trabajo largo y arduo, que transforme el alma hasta el estado de víctima, para que participe íntimamente en el Sacrificio de Cristo” (ibíd.).

“Cuanto más perfectamente respondan al Sacrificio de Cristo nuestra oblación y sacrificio, que consisten en inmolar nuestro amor propio y nuestras concupiscencias y crucificar nuestra carne, con aquella crucifixión mística de que habla el Apóstol, tantos más abundantes frutos percibiremos” (Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*).

Resumiendo: toda la oblación de Jesucristo consistió en convertir su vida terrena en una propia negación constante, en la abdicación total de su voluntad, para cumplir en todo el querer del Padre. Negarse a sí mismo, es su eterna lección y es la primera que le dicta al sacerdote, su ministro en la Santa Misa.

Esta negación puede ser presentada con diversos matices y urgida por capítulos diversos. Puede el sacerdote salir directamente al encuentro de la cruz, despertar en su alma una euforia radiante por la cruz de Jesucristo y desposarse con ella, al modo de San Francisco de Asís. Acuciado por el “debo cumplir en mi cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo, por su Cuerpo que es la Iglesia” (Col. 1,24) puede cargar y sentir el sacerdote el peso de esta exi-

gencia del Cuerpo Místico de Jesucristo y unir su pasión a la Pasión. O, en cambio, con más íntima audacia sobrenatural, sentirse “**una humanidad de sobrecrecimiento**” para que el mismo Cristo inmortal pueda hacerse pasible a través de esta carne y alma pecadora. Caminos que responderán a modalidades legítimas, hasta intocables. Pero en definitiva la cruz sigue siendo siempre cruz, y la negación, negación. Sólo a condición de serlo de veras, la cruz cumple su misión transformadora del sacerdote y lo prepara para integrar substancialmente, aunque de manera misteriosa, el sacrificio del altar.

X *La necesaria ascética*

Desde el siglo primero hasta hoy, con San Pablo, San Bernardo, San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Sales —“la ascética no puede ser monopolio de nadie” (Mediator Dei)— el gran esfuerzo del hombre en esta etapa en cierto modo antropométriz, a esto se reduce. Los caminos para llegar a esta negación, los resortes psicológicos y los subsidios personales o ambientales, pueden variar y varían de hecho. Cada autor señala rasgos y, como maestro que es, propone elementos realmente necesarios para expurgar el viejo fermento y poder caminar en una nueva vida. Cada siglo, dominado por un ambiente peculiar, exige acentuar ciertos factores. Pero la obra purificadora que hay que realizar arranca desde el primer momento en que el hombre se pone en movimiento hacia Dios.

Todo este tramo de la vida purgativa tiende a fijar la voluntad del hombre en la voluntad de Dios. Lo que no sea pura voluntad de Dios es escoria.

La primera rectificación se impone en la concepción de nuestra vida temporal, desordenadamente concebida en función de nosotros mismos; y por lo tanto desgarrada en una sucesión de cosas inconexas, porque son hijas de una voluntad fluctuante y viciada. La unidad interior no existe, y los altos y bajos manifiestan el vaivén de nuestra pobre voluntad.

Restablecer la gran unidad interior será imposible si la voluntad no fija su rumbo exclusivamente hacia Dios. Sólo entonces los actos externos o internos dejarán de diversificarse para entrar en la univaloración común: el querer de Dios y nada más que este querer.

Nuestra edad se ha desplegado extensamente en el campo psicológico. Menos auténtico el hombre, más interferido el ámbito

personal, más enfermo el ambiente, más turbias las pasiones y sus esferas más enmarañadas. El sacerdote es hijo de su tiempo. Prácticamente, negarse es libertarse de todas estas trabas, así como del ámbito oculto del egoísmo congénito.

Liberarse de todo, es evidentemente superior a las fuerzas humanas, y hoy podríamos decir que casi es superior al concurso ordinario de la Gracia. Liberarse de sí mismo, con todas las adherencias e interferencias señaladas, sólo es posible cuando fuera de nosotros un polo de atracción potente nos magnetiza y arrastra. La Santa Misa todos los días pone ante los ojos del sacerdote la oblación de Jesucristo. Esta oblación u ofrecimiento se realiza propiamente en el momento mismo en que se consuma el sacrificio pero en cierto modo se adelanta ya en la presentación de las ofrendas. La materia del pan y del vino que se presenta a Dios es como un anticipo del gran ofrecimiento de Jesucristo y de la Iglesia. He aquí la invitación, el polo magnético de atracción en el que debe polarizar su propia vida el sacerdote. Su liberación está en su oblación.

Con todo derecho entonces nos exige la Santa Iglesia, y lo reclama una honesta conciencia sacerdotal, tener los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo durante su vida, preponderantemente en la hora de la cruz. Sus intenciones, sus móviles divinos, sus sentimientos teándricos, su mundo interior no cambia aunque pasen los años o se aproxime la cruz. Para entrar en los sentimientos de Cristo, hay que entrar en todo el acto de su despojo permanente y de su inmovible concentración interior hacia el Padre, mediante el puente de la Cruz.

X *De Misa a Misa*

El sacerdote es por antonomasia el hombre de Dios y el hombre de los hombres. Está al servicio de ambos poseedores. Como ninguna otra creatura en el mundo él no se pertenece.

Mantener el espíritu fijo, la voluntad vuelta constantemente hacia Dios y hacia los hombres: tal es su oblación. Ofrecer es querer dar y, en nuestro caso, es querer darse. Describir todo lo que quiere decir este querer darse, es describir la única manera de ofrecerse.

El día sacerdotal tiene un solo valor o no vale nada: su oblación a Dios. Compromiso y obligación de vigilar para que todo sea acepto, para que cada fracción del día, como cada movimiento in-

terior, suba hacia Dios por un **suscipe** sincero del alma y de la obra misma.

Aceptable será todo lo que sea puro, al menos porque ha sido puesto con una voluntad sincera y recta. El día sacerdotal no será entonces una sucesión de actos —algunos de ellos considerados grandes y otros pequeños según una falsa valorización—, sino un solo acto, de Misa a Misa, sobre el que habrán rodado distintas cosas, pero el alma generadora y uniforme ha sido una sola ofrenda total a Dios. El día sacerdotal así vivido subirá apresado sobre el altar con la misma hostia que aguarda la transustanciación sacramental. Todo lo ofrecido ha sido juntado a la gran oblación de Jesucristo y, como todo el pan ofrecido, será también todo consagrado.

Esta espera, esta anhelante espera de transformación implica una vigilancia gozosa, pero despótica también, para que no se mezcle escoria a la harina y al vino puro. Al mismo tiempo, la humilde aceptación de que el día sacerdotal no tiene valor en sí mismo, sino en Cristo, hará que el sacerdote viva una humilde sumisión a todo acontecimiento que sobrevenga por disposición o permisión divina.

La oblación sacerdotal no debe ser sólo una entrega literal a lo prescrito. Por un impetuoso deseo de ponerse a la altura del alma del Sacerdote Eterno, debe darse en todo sacerdote una disponibilidad incitadora a que la cruz se cebe en él. La pasión que va a actualizar no está completa y clama insistentemente por la contribución personal.

En su Diario Íntimo (8 de septiembre de 1938) escribía desde Roma Mons. José Canovai, hombre “preclaro por su amor a la cruz, sacerdote con pocos comparable” como reza su epitafio en la iglesia Regina Martyrum de Buenos Aires: “Para el dolor heme aquí, Señor, envíame. Para la humillación: heme aquí... Para la ingratitud... Para ser olvidado... Para el fracaso exterior... Para la calumnia... Para la traición... Para la soledad... Para la abyección externa o interna... Para la obscuridad... Para el sufrimiento... Para el trabajo desconocido y oculto... Para la incomprensión de los demás... Para la entrega silenciosa y continua... Para el sacrificio... Para la muerte... Para el martirio... Para la cruz: Heme aquí, Señor, envíame”. Pocos documentos humanos trasuntan como éste una disponibilidad tan incitadora a toda cruz. Ejemplar de una grandiosa oblación que, para bien del Cuerpo Místico, no quedó sólo en letras y palabras.

El inmenso y laborioso proceso de perfección sacerdotal en toda su línea de purificación y de despojo, puede de esta manera resolverse en una fuerza simplificadora: tensión de todo el día hacia el altar, con la conciencia de que el día se va mezclando con el fluir divino de los días temporales de Jesucristo; animado el Sacerdote con la misma Alma Redentora de Jesucristo, potencia sus propios actos con la santidad misma de Jesucristo. Cuando la Misa se presenta al alma sacerdotal como **su hora**, donde él es él, donde todo lo suyo adquiere valor definitivo, porque se refunde en la oblación de Cristo Sacerdote, entonces la Misa acaba por convertirse en el peso que lleva invenciblemente en pos de sí a todo el sacerdote con todos sus problemas sacerdotales.

III. LA INMOLACIÓN

Pese a los esfuerzos de geniales teólogos, seguirá siendo un insondable misterio la actual inmólación de Jesucristo en la Santa Misa. Como en la cruz debemos atender más a la entrega de su propia vida que al acto occisivo, enteramente extraño a la inmólación incruenta. Toda la grandeza de la inmólación deriva de la ofrenda interior, libérrima y total, del mismo Sacrificante y Sacrificado. He aquí lo permanente.

Las acciones temporales de Jesucristo han pasado. Lo único que misteriosamente queda, como estratificadas en el tiempo, son su oblación y su inmólación, permanentemente vivas y actuales, gracias a la representación sacramental de la Santa Misa. Él es y seguirá siendo el único Sacerdote que invisiblemente ofrece esa su presencia sacrificial de su propia vida, cuyos signos externos son el ministro humano y las especies de pan y vino. Ambos, sacerdote y especies eucarísticas, tienen la virtud de actualizar y contener la oblación y la inmólación del Calvario, actualizando al mismo Sacerdote y la misma Víctima.

Pero permítasenos insistir que la Misa es por sobre todo el anuncio de la muerte sacrificial de Jesucristo —“*Quotiescumque... mortem Domini annuntiabitis*” (1 Cor. 11,26). El hecho central es su muerte, su entrega al Padre y a los hombres. ¿Puede dar más quien da su vida? Dar la vida es sellar el canon supremo del amor. Entrega Jesucristo su vida, su mejor bien natural, a costa de su muerte, que es su propio mal, también en el orden natural. La muerte para Sí, la vida para Dios.

El acto sacrificial hará siempre presente al **Christum passum**, expresión preferida del Angélico. Desde entonces hasta hoy y hasta el final de los siglos, el acto central de la Historia es su muerte. El acto central de su vida es su muerte. El acto central de la Iglesia es su muerte. La lección cotidiana es su muerte. Nadie podrá inmolarlo si no comulga con su muerte y nadie podrá comulgarlo sino inmolado. Nadie podrá inmolarlo sin comulgar con aquella irrenunciable comunión de sus sentimientos, de su pasión y de su muerte.

“Debe unirse con este augustísimo sacrificio la inmolación de los Ministros... quienes deberán ofrecerse como hostias vivas, santas, agradables a Dios”, son palabras de Pío XI en la Miserentissimus Redemptor, a las que añade de inmediato la famosa cita del gran Obispo cartaginés San Cipriano: “El sacrificio del Señor, no se celebra con la santificación debida si no corresponde a la Pasión nuestra oblación y sacrificio”.

Muerte para sí, vida para Dios

Dios Padre encuentra su mayor gloria aceptando el sacrificio de la vida de Cristo, arrancada del compuesto físico de su Unigénito, como acto soberano de amor, mientras su Hijo acepta la destrucción de su cuerpo como protesta de que nada vale, ni siquiera su propia vida humana, sino Dios y sólo Él.

Toda la vida espiritual está enquistada también en este juego antitético: muerte para sí mismo y vida para Dios. Morir a sí mismo es el gran drama personal; los otros, remedos de dramas infantiles.

Toda la ascética y la mística, toda la enjundiosa producción literaria de la Iglesia —comenzada en los Santos Padres— al referirse al hombre, acaba en esto: morir a sí mismo, para vivir en Dios.

Morir a sí mismo también es todo el evangelio y toda la ley, no como término absoluto sino como premisa indispensable para vivir en Dios; ya que amar al Señor según el precepto divino equivale a no reservarse nada para sí. Si un solo libro hace temible a un hombre, esta idea, que no es humana sino divina, convertida en idea motriz, basta y sobra para realizar la plenitud integral del hombre.

Ahora bien, todos los días, el sacerdote, en medio de un rito inefable, se aboca al más inefable misterio de la muerte. No entra de golpe en él. La inmolación incruenta del altar está ceñida de una arcana grandeza litúrgica. Se prepara lentamente el sacerdote,

y una serie de actos, plenos de sabia pedagogía sagrada, van disponiendo su cuerpo y su alma, su psicología y su espíritu a realizar con la mayor conciencia y la mejor disposición personal el Gran Acto de la Muerte: centro temporal de la Teología, de la Historia y de la Mística.

Lo realiza en nombre de Jesucristo, pero por propia decisión y con actos vitales propios, que ya son de Cristo. Se adentra en un misterio grandioso, que lo envuelve todo, y se inmerge activa y eficazmente en esta muerte sacrificial. No puede no entrar en la substancia del acto porque hasta la misma sangre divina llegará a su médula.

Esta obra le exige una íntima y real coherencia entre su interior y el interior de Cristo, de modo que el movimiento inmolante que parte del alma de Jesucristo pueda hendir, sin tropiezo alguno, el alma del sacerdote, para encontrarse inmolados ambos, ante el Padre, para gloria de la Trinidad y para gracia de los hombres.

Jesucristo, al igual que Dios, aborrece toda simulación y toda máscara. Jamás podría invitar a un hombre a que, sustituyéndolo por fuera en la hora más plena de su vida divino-humana, no se le una perfecta y acordemente por dentro. La gracia del sacramento del Orden, que hace de unos cuantos miles de cristianos —privilegio y responsabilidad tremenda— los **otros yo** de Jesucristo, actuando por su propia virtud, es gracia conformante a esa interna plenitud sacerdotal de Jesucristo.

Toda materia ofrecida será consagrada, transubstanciada. El acto sacramental comporta la realidad mística. La presentación y oblación del pan exigió la correlativa presentación u oblación íntegra del sacerdote, porque el pan representó la oblación total de Jesucristo. La transubstanciación sacramental del pan, comporta la transubstanciación mística de todo el sacerdote. El pan queda convertido en **Christum passum**: muerte, inmolación de Cristo, que el misterio encubre. Por un movimiento paralelo, la inmolación de Cristo exige la mística inmolación también del sacerdote, para que éste llegue a la transformación en Cristo.

“Un ejercicio incansable y continuo”

Esta muerte mística no puede ser simplemente intencional, aceptada tan sólo en un campo especulativo, consentida teóricamente. Tampoco se realizará allí, en el instante de la Misa, porque no es

obra de palabras sino de hechos. "Comporta un trabajo arduo y largo que transforme el alma hasta el estado de víctima, para que participe íntegramente en el sacrificio de Cristo. Este arduo y asiduo trabajo no se lleva a cabo con vanas veleidades, ni termina en deseos y promesas, sino que debe ser un ejercicio incansable y continuo que lleve a la renovación del espíritu; debe ser un ejercicio de piedad que lo refiera todo a la gloria de Dios; debe ser un ejercicio de penitencia que frene y gobierne los movimientos del alma; debe ser un acto de caridad que inflame el alma de amor hacia Dios y hacia el prójimo y estimule a las obras de misericordia; debe ser finalmente voluntad activa de lucha y de fatiga para hacer todo lo que sea bien. El sacerdote debe intentar reproducir en su alma todo lo que ocurre sobre el altar. Como Jesucristo se inmola a sí mismo, así su ministro debe inmolarsé con Él; siguiendo el arduo camino de la ascética cristiana, debe trabajar por la propia y por la ajena purificación" (Menti Nostrae).

Con anterioridad, en la *Mediator Dei*, el mismo Pontífice señalaba que la unión con Cristo por la Santa Misa exige "reproducir en sí mismo las condiciones de la víctima; la abnegación de sí, según los preceptos del evangelio, el voluntario y espontáneo ejercicio de la penitencia. En una palabra, nuestra mística muerte en la cruz con Cristo".

El estado de víctima no es algo transeúnte. Naturalmente repugna al egoísmo del hombre. Por eso se adquiere. Para llegar a él, no bastan simples veleidades; y para aprender el camino, las disquisiciones están de más; basta mirar la cruz. Cruz desnuda, abandonada, sangrienta, de la que pende desnudo un hombre, sangriento y abandonado del cielo y de la tierra, sin voz, sin palabras, a no ser de perdón. Un hombre que deja a Dios y a los hombres las manos libres.

Este es el Código de la víctima.

Jamás vivirá la Misa quien no vive su muerte de este modo.

Frecuentemente repetimos el gran texto de San Pablo a los Gálatas (2,20): "Vivo, mas no yo, es Cristo quien vive en mí". Pero el pensamiento verdadero, de donde parte la sublimidad de la expresión paulina, nace en el anterior versículo: "...ut Deo vivam, Christo confixus sum cruci. Vivo autem iam non ego, vivit vero in me Christus". Condición indispensable para este vivir de Cristo en mí será enclavarme previamente en su cruz y hacer de los dos una

sola carne. Hechos los dos una sola muerte, recién entonces, escondido en Él, comienzo a vivir su vida.

Y porque esta muerte mística no es una autodestrucción sino una transformación radiante y plena en Jesucristo —preámbulo de la transformación definitiva de la gloria— el mismo Apóstol en la segunda carta a los Corintios (4,8 y sg.) obsesionado por la importancia y grandeza de esta muerte, enumera con amor los misterios operantes de esta misma muerte así como el proceso de esta trituration sacrificial: “In omnibus tribulationem patimur, aporiamur, persecutionem patimur, deiicimur, semper mortificationem Iesu in corpore nostro circumferentes, in mortem tradimur”. Y al mismo tiempo exalta la vivificante transformación que obtiene gracias a esta muerte, porque todo el misterio de esta muerte es una gracia de Dios para que “vita Iesu manifestetur in corporibus nostris, vita Iesu manifestetur in carne nostra mortali”. Y reasumiendo su misión apostólica, cierra el capítulo con una alusión a la utilidad fecunda de su muerte: “Mors in nobis operatur, vita autem in vobis”.

Y a sus carísimos Filipenses, el mismo Apóstol, después de afirmar con señorial desprecio que “ha juzgado todas las cosas como si fueran estiércol, con tal de ganar a Cristo”, revela sus ansias de llegar a ganar las recónditas profundidades de Cristo, participando en los sufrimientos de Cristo hasta la configuración con su muerte: “. . . societatem passionum Illius, configuratus morti eius” (3,8-10).

El camino real. . .

Ante la sublimidad de la cruz es fácil exaltarse y poetizar, pero se hace duro ingresar resueltamente en el camino real de la Santa Cruz.

Quizá sea esta la única oportunidad en que cada hombre deba jugarse por entero; para el sacerdote no le queda otra alternativa. Cristo vive su propia muerte desde la cuna, se desposa con la cruz y con ella se hace una sola carne. Vive su muerte sin obviar ninguna de sus agonías, y se abraza con la cruz sin hurtarse a una sola de sus partículas. El Santo Padre Pío XII sale al paso de cualquier evasión al insistir en la necesidad de un trabajo arduo y largo que no lo realizan veleidades, ni bastan promesas ni deseos.

Aparte de muchas cosas, suele costarle al sacerdote su muerte mística porque repara en los ministros operantes de esa muerte: los hombres, los hermanos, los superiores, los buenos. Es que la víctima

debe serlo de veras y, como en la pasión de su Maestro, los hombres deben hallar libre el paso, para caer sobre él y desgarrarlo. No es víctima quien se defiende, agrade o rechaza; ni quien selecciona el modo de morir o el género de muerte. Tampoco es víctima quien pregona su cruz y en ellas se gloria si de hecho la elude. Quien expía con justicia tampoco es víctima, sino reo.

Nadie vive un estado de víctima si no hay absoluta entrega a todo y a todos. Mientras uno no esté muerto del todo, no habrá transustanciación total. La escoria del pan y del vino no se consagran. La escoria humana no es asumida por Jesucristo, porque no puede transustanciarse en Él.

¡Qué estulta la resistencia del hombre a este místico morir! Es como si el pan o el vino se negaran a despojarse de la sustancia propia y a entregarla toda a la Omnipotencia de Dios. La gloria de esa sustancia corruptible es llegar a ser, una vez convertida, la incorruptible sustancia de Jesucristo; su gloria es cambiar la inercia, la materialidad y la muerte, que son propias del pan y del vino, por la Vida, por la Santidad, por la Virtud de todo el Verbo Encarnado.

No deja de ser absurda esta resistencia del pan a ser consagrado; sin embargo es tan real como absurda la resistencia de un sacerdote que, llevando consigo al altar zonas del alma reservadas para sí, se niega a esa transustanciación total en Jesucristo.

La comunión que sigue a la transustanciación, con sus más vitales secretos, sigue el ritmo de la muerte. Cuando ha muerto todo lo humano, el paso vivo de Dios, el traspaso integral de la vida de Jesucristo al alma, no encuentra obstáculos. La comunión es plena y la vida divina circula en el alma rítmicamente como en Dios.

No es divagación piadosa pensar en el gozo pleno que conmoverá el alma de Jesucristo cuando, al inmolese sobre el altar, encuentra inmolado con Él a su ministro, sacrificio con sacrificio, muerte con muerte. ¿No es acaso la prueba más grande del amor, morir por la persona amada? La muerte mística supera muchas veces a la rápida efusión de sangre en un cadalso.

IV. LA COMUNIÓN

La muerte mística, el estado victimal, no es la última etapa. Tampoco lo fue para Jesucristo la del Calvario. Al entregar su espíritu en manos del Padre, entró en la etapa postrera, la comunión definitiva en la gloria.

Dios debe ser todo en todo pero, para serlo de veras, requiere la muerte de lo que es propio del hombre —la muerte es el despojo y la purificación total— a fin de que sólo lo de Dios viva en el hombre. De la muerte a la vida: el paso final es la unión plena con Dios. La postrera etapa de la glorificación divina es hallarse Dios en cada creatura, y ver que cada creatura vuelve a Dios por la actuación perfecta de los dones divinos. Cualquier otra cosa sería indigna de Dios.

Esta unión con Dios, unión común, comunión, tiene un solo modelo: “Tú en Mí y Yo en ellos, para que ellos sean uno en Nosotros”. Esta comunión suprema se anticipa aquí abajo. La Comunión eucarística la prepara y la dispone. “El que come mi carne y bebe mi sangre está en Mí y Yo en él” (San Juan 6,57). El normal proceso evolutivo sobrenatural responde al siguiente esquema: sólo cuando el alma ha muerto a todo lo suyo, la invade la vida de Jesucristo. La vida de Jesucristo, permeabilizada en todo el hombre, asimila al hombre a Jesucristo. La gracia de la filiación divina se desenvuelve con libertad. Y entonces, asimilada el alma a Jesucristo, poseedora y copartícipe de su misma vida, por Él, con Él y ea Él, entra en consorcio con el Padre, con toda la Trinidad, y la unidad de vida se cierra en la más perfecta, aunque arcana plenitud.

La vida es esencialmente comunicable. La comunicabilidad le es inherente, tanto a la Vida que Dios posee, como a la del más ínfimo de los seres vivos. Jesucristo, porque es la Vida, es eminentemente comunicable. Porque es Dios, no retacea jamás su comunicabilidad Divina. Lo suyo es perfecto, toca los límites todos, hasta el fin.

La Comunión eucarística —expresión de la nobleza del alma divina del Señor— no es unilateral. Me comulga y lo comulgo: “Él está en Mí y Yo en él”. Dos modos distintos de presencia, dos modos distintos de acción. Está en mí, como dentro del cuerpo está el alma, como dentro del surco el grano. Estoy en Él, como el hierro dentro de la fragua, como la gota dentro del cáliz.

La Comunión es un mutuo estar, una inhesión. Indudablemente el hombre lo gana todo. Y Jesucristo sólo la realización concreta de adecuarse y adecuarnos. Su entrega es absoluta; de su parte, la comunidad de bienes que pretende establecer es omnimoda. Su acción interna se ordena sobre todo al crecimiento del hijo de Dios —el comulgante— por la gracia, hasta que llegue a Su edad y Su medida.

La gracia santificante nos ha dado el ser divino, pero la Eucaristía nos da el crecer en Dios. Al penetrar en nuestra alma Jesucristo toma en sus manos la obra de nuestra divinización y, conoedor y perfector de nuestra vocación eterna, nos impulsa y nos trabaja desde adentro. La gracia de la filiación divina —inoculación de la misma sangre Paterna— sale de su latencia para plasmar en nosotros la idiosincracia de Dios, la fisonomía del hijo perfecto, al darnos rostro y rasgos de Jesucristo, fijos y firmes. Gracias a Él, no sólo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos en verdad.

Lo que jamás podrán operar la carne y la sangre del hombre, lo operan la carne y la sangre de Jesucristo.

Comunión de poderes y derechos

Pero estos efectos son comunes a todo comulgante. La Comunión del sacerdote es todo esto —debe serlo— pero también mucho más. Jesucristo habló más con hechos que con palabras. El hecho de la elección de los Apóstoles, certifica por sí sola una excepcional predilección. Gracias a ella y como consecuencia de ella se da una nivelación entre Jesucristo y los Doce, entre Jesucristo y sus Sacerdotes. Nivelación por la que todo sacerdote participa en cierto modo de la misma Primogenitura de Jesucristo. La identidad entre Cristo y el cristiano es la comunión de una misma vida. La identidad entre Cristo y el sacerdote es la comunión de los mismos poderes y de los mismos derechos. En un sentido más grandioso que a Melquisedec, cábele al sacerdote de la nueva Alianza, la expresión de San Pablo: “Sacerdos Dei summi, assimilatus filio Dei” (Heb. 7,1-3).

La Comunión del sacerdote es el libre paso, sin barrera alguna, de dos almas y de dos vidas, dadas, entregadas, ofrecidas enteramente a Dios y a los hombres; inmoladas, sacrificadas hasta la última partícula, por amor de Dios y de los hombres; aglutinadas ahora por esa simpatía sobrenatural que ocurre gracias a una misma suerte, a un mismo destino, a un mismo altar, a una misma gloria.

Si de la comunión de todos los fieles pudo afirmar Santo Tomás de Aquino: “Virtute huius Sacramenti, fit quaedam transformatio hominis in Christum per amorem, et hoc est eius proprius effectus” (IV Sent. Dist. XII, 9.2, a. 2) cabe suponer lo que ocurre —o puede ocurrir, según lo quiera el sujeto— en la Comunión sacerdotal. La transformación en Cristo es —debe serlo— la del hierro en la fragua.

Puesta la muerte, la cristificación nada cuesta al sacerdote. La Comunión en la propia Misa con el Pan y el Vino consagrados es un mutuo Don: "Él está en Mí y Yo en Él". Y a partir de este mutuo estar, comienza el alma sacerdotal su tercera etapa, completamente pasiva. Cristo la toma en sus manos y la lleva al seno del Padre, a la unidad con Dios. La manducación ha sido transeúnte. La Comunión es permanente. La manducación ha dejado un molde divino y un fuego divino para hacer maleable al alma y deiformarla. La Comunión hace permanente ese fuego, y ese fuego es el amor.

V. EL AMOR, CONSUMACIÓN DEFINITIVA DE LA PERFECCIÓN SACERDOTAL

San Pablo, en un himno excelso (I Cor. 12 y 13), después de señalar los diversos carismas y ministerios: del apóstol, del profeta, del doctor... interrumpe su canto para destacar la primacía del amor con este exordio: "Adhuc excellentiorem viam vobis demonstro. Si linguis hominum loquar..."

La primacía en todo el orden sobrenatural la tiene el amor. "Maior horum charitas". En definitiva es lo único que cuenta.

Todas las definiciones del amor pecan por su base. Porque el amor es Dios y Dios no puede definirse. Dios es Amor. Todas las fórmulas, desde las de San Pablo a las de los Teólogos y Místicos, todas las fórmulas se subordinan a ésta, vértice supremo donde converge toda la vida divina **ad intra** y a partir del cual cobra sentido su vida **ad extra**.

Si todo amor es don, sólo Dios puede amar con plenitud. La alteridad que cabe al hombre para cerrar el ciclo del amor es el retorno del efecto a su causa, misericordiosamente invitado, misteriosamente atraído. La invitación es nada menos que el Verbo hecho carne al cual el hombre se incorpora y por el cual retorna a Dios. La atracción es Dios mismo, Sumo Bien del hombre, que se da al hombre por la gracia para que éste responda a Dios.

Se entiende entonces que si todo amor es don, Jesucristo es el más grande de los dones dados por Dios al hombre. El pretérito **dado** retrotrae el Don, y hasta parece diluirlo en la generalidad de algo que se da al común de los hombres.

En la Santa Misa, en cambio, se nos habla otro lenguaje. Allí Cristo se nos da. Y se nos da ofreciendo Él la prueba más grande del amor, que es morir por el amado. Tanto ama Dios al mundo

que cada día se despoja de su Unigénito para darlo a cada hombre, y tanto ama el Unigénito a los hombres que cada día se les entrega muerto, y muerto por amor. Cada Misa es la prueba del amor del Padre al hombre y de Jesucristo al hombre y a su Padre.

Cada Misa entraña todo el amor de Dios. El amor de la Eternidad, el de la Encarnación, el del Calvario. El amor de Misericordia, el de Predilección. Cada Misa trae y pone sobre el ara, el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amor hecho Vida y hecho Fuego para hacer maleable y transformar al hombre en el molde del Dios-Amor.

Sin embargo este lenguaje esencial de Dios se dirige primero al sacerdote. El sacerdote toca el misterio, lo realiza, de él se embebe. El certificado de los dos amores —el de la Trinidad y el de Jesucristo— quiere escribirlo Dios por manos del sacerdote. Este Dios que opera solo el milagro perenne de la vida, no quiere operar solo el misterio inefable del amor. Todas las mañanas, las manos del sacerdote deben hundirse en un cáliz de sangre y su espíritu en un océano de fuego, para elevar y mostrar a todos los hombres el **Hecho Supremo del Amor**: Jesucristo bajado a la tierra por el amor del Padre a los hombres, y muerto en el Calvario por amor al Padre y a los hombres.

Ninguna cosa sobre la tierra prueba más la fuerza, las exigencias, las calidades del verdadero amor que la Cruz. Ella es el prototipo tangible del amor. El sacrificio de la Cruz dicta las verdaderas exigencias del amor verdadero. ¡Es tan fácil engañarse! Pero Dios habla con hechos. La Cruz es el hecho supremo de su amor. El lenguaje de los hechos divinos es captado cuando uno se vuelca en ellos. Nadie entenderá de amor de Dios si no es amando, nadie entenderá de cruz si no se crucifica. Nadie entenderá de Misa si, por obra del amor, no entiende a Jesucristo y con Él se inmola.

De causas y efectos

Dios es amor y causa amor. Su comunicabilidad es amor. Y es amor y causa amor la suprema de sus obras *ad extra*. Del mismo modo que la palabra Fe evoca firmeza, y de inmediato se asocia a la piedra y a la roca, la palabra **Amor** evoca fuego y evoca sangre.

El fuego siempre tiende hacia arriba, ablanda, hace maleable, transmite sus propias cualidades: quema, penetra, da luz, devora. La sangre entraña dos conceptos antagónicos: vida y muerte.

Teólogos y Filósofos —Santo Tomás los une y los compendia— hablan de la virtud asimilativa del amor como de su propiedad príncipe.

El amor asimila, transforma, introduce a la persona que ama en la persona amada. San Juan de la Cruz —el Místico sobre el Teólogo— sintetiza diciendo que “el alma vive más donde ama que donde anima”.

La Santa Misa, actualización del sacrificio de la Cruz, es la más divina de las obras divinas. Es la obra que contiene más de Dios porque contiene más de amor; y más de amor porque más de Dios. Es el acto cumbre del amor de Jesucristo.

Por eso, como enseña el Concilio de Trento, de ella deriva todo el amor divino que puebla al mundo, toda gracia y toda santidad; como también todo el amor que sube al cielo, allí se nutre.

Ponerse en contacto con el santo sacrificio de la Misa, correalizarlo con Jesucristo, es ponerse en contacto con la oleada de amor más grande y más intensa que se da en el mundo. Si el gran Crisóstomo quería ver a sus fieles partir del comulgatorio como leones centelleando fuego —*tamquam leones ignem spirantes*— del ara del altar todo sacerdote debe salir hecho fuego, hecho amor, hecho Dios.

La unión con Dios, aun aquí en la tierra, transforma en Dios, deiformiza, diviniza. A esto tiende toda la economía divina, porque la etapa de la gloria estará en consonancia con la última etapa de la tierra. El movimiento de la gracia, su crecimiento, su acción penetrante, purificadora, su proceso de muerte, de vivificación en Jesucristo, de divinización en Dios, es todo obra del Amor.

Toda la ley es amor. Toda la perfección es amor. Toda la santidad es amor. Hasta en Dios su propia santidad no es otra cosa que el irrenunciable amor con que se ama. Toda la eternidad será amor.

VI. DIMENSIONES DIVINAS DEL ALMA SACERDOTAL

Es un epílogo. Expulsado el yo del hombre, Dios entra y entra todo. Jesucristo es quien trabaja por dentro, y estructura el alma del sacerdote, haciéndole cumplir suave, pero divinamente, su predestinación eterna.

Cualquiera sea la ubicación temporal del sacerdote en el Cuerpo Místico de Cristo, su perfección tiene y debe tener dimensiones inmensas, casi infinitas. Estas dimensiones podrían reducirse a dos principales: el apostolado y la magnanimidad.

a. *El apostolado*

El único apostolado válido nace de la exuberancia del amor de Dios. Toda otra actividad que de allí no nazca, será hija de la movilidad temperamental, de disposiciones físicas o de factores secundarios, hasta espúreos. Ser apóstoles es buscar el bien sobrenatural de todo hombre, a toda costa, en todo tiempo. Es tratar de convertir a cada alma en hija bienamada de Dios.

Este trabajo es arduo, heroicamente penoso. La transmisión de la vida divina es más bien un acto de maternidad (San Pablo). Y el crecimiento de la vida sobrenatural exige una pacientísima dedicación. El apostolado, además, devora tiempo, salud, comodidad, y hasta la vida. Querer a toda costa el bien espiritual de las almas, quererlo aun contra ellas mismas, es entregar todo eso y mucho más.

Pero también el apostolado concreto es "formar a Cristo en las almas". La unidad del plan divino responde a esto: cada redimido debe ser copia viva de Jesucristo, para poder ser hijo de Dios. Para formar a Cristo en el otro hay que poseerlo en sí, y con esa posesión experimental, sentida y gustada más allá de los lindes que nos marca el dogma.

Formar a Cristo es engendrarlo; para esto hay que poseerlo con todo el vigor adulto de su vida comunicada. Formar a Cristo es negarse. ¡Qué fácil y seductor resulta al sacerdote estamparse él mismo en las almas! Pero las almas son de Dios, sólo Dios puede reflejarse en ellas.

La Santa Misa es el **Hecho Redentor**. Es toda la Redención de Jesucristo, sin mengua ni sustracción. Es todo el sacrificio de Sí por redimir al hombre; olvido, renunciamiento hasta el final de los siglos. La Santa Misa pone diariamente sobre el ara el precio de cada alma singular. No es oro, ni plata, ni piedras preciosas: es la sangre divina del Cordero. La Misa es un Hecho, el Hecho de Cristo. Y, al poner el Hecho, Jesucristo enseña a su sacerdote cómo ama Él a las almas, cómo las redime, y cómo a su metro redentor debe ajustarse el sacerdote, y cómo al modo de Dios el sacerdote debe redimir al hombre.

Todo otro amor al hombre, no es redentor. Nace de la carne, mata y muere. El apostolado es amor de redención. Nace de Dios, se eleva y vivifica. Para quien posea este amor su santidad es su apostolado y su apostolado será su santidad.

La Santa Misa nos unifica a Jesucristo. El Cristo del Mensaje evangélico, con sus ansias infinitas de redención —las de siempre—, baja al altar. Quien participa conscientemente de ese Jesucristo, siente la pasión apostólica de un modo incontenible. “Sólo cuando hayamos llegado a ser una sola cosa con Cristo, mediante la oblación suya y la nuestra, sólo entonces, fortalecidos por la virtud del Salvador, podremos bajar seguros del monte de la santidad que habremos conseguido, para llevar a todos los hombres la vida y la luz de Dios, a través del ministerio sacerdotal” (Menti Nostrae).

b. *La magnanimidad*

La Santa Misa es además un apremio urgente para las cosas grandes.

Como la vida interior que las sostiene, las virtudes en un sacerdote no pueden ser raquíticas. Ignorarse a sí mismo y ni siquiera pensar en sus virtudes es humildad de ley. Pero frente a Jesucristo y al Sacerdocio, todo sacerdote debe sentir una aspiración constante a lo mejor, a lo más grande, a lo más glorioso para Dios. A este modo de vivir en tensión hacia lo mejor y, más aún, al hábito que se sigue a la realización de obras grandes, llamamos magnanimidad.

Se está empleando frecuentemente las palabras testigo y testimonio. Certifican ambas las vivencias de una presencia superior: la de Dios, la de Jesucristo. Ambas afirman que tras el opaco vivir del hombre hay un Espíritu, cuyas manifestaciones aprisionan y reducen la carne, pero cuyas dimensiones infinitas certifican la actitud, el hecho o la palabra. Con la magnitud de una vida se es testigo de Cristo. Con la magnitud de una acción se da testimonio de Cristo.

Sería innoble si en el ejercicio del ministerio sacerdotal redujéramos a Jesucristo a dimensiones ridículas, a expresiones mínimas del rasero común.

Jesucristo habla y obra en nosotros. Y sus palabras y sus obras no pueden ser expresadas con pueril vulgaridad.

Cada cual es testigo de Jesucristo en la medida que lo posee. Y se lo posee en la medida que cada cual se deja tomar por Él en su interior. Por Sí mismo Cristo es levadura que fermenta elevando toda la masa, es grano que pronto se convierte en espiga cargada

de frutos, es mostaza que pronto cubre el cielo con sus hojas. Por Sí mismo es soberanamente expansivo y, al ocupar el interior del sacerdote, le da la medida de Dios, que es su propia medida.

Sólo de un alma grande brota la grandeza. "Magnanimus intendit solum ad magna... Magnanimus intendit magna operari in qualibet virtute" (II-II, q. 129). Un alma grande se exterioriza con una noble grandeza en todos sus actos. Es fuerte para acometer y más fuerte para soportar; ante el mal que hay que vencer es impávida, ante el bien arduo intrépida, ante el opresor o el hiriente es mansa y dulce, ante la honra es humilde, ante la humillación elevada. Una dignidad, extraña a la tierra, rodea sus actos todos, dándole a su virtud una prestancia de corte divino, aunque se llame Benito José Labre o Juan María Vianney, sea lego o sacerdote.

La magnanimidad no se busca a sí misma, y menos aún se finge. A la disposición continua de darle a Dios lo mejor y de la mejor manera, corresponde una dilatación del alma y de sus fuerzas, por la gracia hecha a medida de Dios.

La raíz inmediata de la magnanimidad es la fortaleza. Pero su enraizamiento último es la conformación a Jesucristo. Tiene Cristo dimensiones divinas, y la Vida en Él urge su propio despliegue sobrenatural que hace de cada uno de sus actos no un acto puramente humano, sino un acto de Cristo. Como todo cristiano, el sacerdote es él cuando vive en Cristo. Pero por ser el sacerdote la plenitud de la efusión de Jesucristo, más que cualquier cristiano, él es él cuando su vivencia de la plenitud de Cristo se expande en límites y en formas suprahumanas.

Toda la redención rezuma magnanimidad divina, inconmensurable. Su exceso —claudicación externa de la eterna Justicia— es el sacrificio de la Cruz: Su Obra y nuestra Obra de cada día en el altar. "Haced esto en mi memoria", es la orden perentoria que nos obliga a recordar la más magnánima de las Obras divinas. No todos los días se nos hace leer el Génesis para actualizar nuestra creación; pero todos los días en la Misa se nos hace palpar a Cristo y cooperar con Él en un acto de magnánima sublimidad.

A esta magnánima excedencia divina el alma sacerdotal debe responder y adecuarse en la grandeza. ¿No hay acaso exceso de grandeza en el alma de Jesucristo al tolerar nuestra mísera ruindad y al esperar pacientemente nuestra respuesta a su provocación diaria?

La Santa Misa es una urgente y diaria invitación a que todo sacerdote “despliegue sus alas y vuele, como águila real, hacia la serena y fulgurante altura del Eterno Sacerdote” (Pío XII).

Conclusión

Para nosotros, sacerdotes, vivir la Santa Misa es realizarnos. No podemos celebrar la Santa Misa sin vivirla. Y vivirla nos exige una superación constante en nuestra búsqueda de perfección.

Vivirla nos exige renuncia porque es oblación. Y oblación es darse y despojarse. Nos exige muerte, porque es inmolación.

Vivirla es santificarse. La Misa santifica, más aún, toda la santidad de ella nace. Al encontrarnos muertos a nosotros mismos, nos cristifica, haciéndonos vivir los mismos sentimientos de Jesucristo, su mismo mundo interior del Calvario; pero también sus presentes realidades de la gloria.

Vivirla es sumergirnos en Dios. Es comunión. Impulsados por la misma Vida de Jesucristo, en cuyas profundidades más privilegiadas nos ha insertado el sacramento del Orden, entramos en la intimidad de Dios.

Vivirla, sobre todo, es divinizarnos. Por ser la **Obra Suprema del Amor**, que es Dios, toda ella es amor. Y el amor penetra, asimila y fusiona. Después de ella, sólo la Patria.